

EL ARTE DE CREAR

Juan tomó conciencia de sí mismo. Estaba sentado en un sillón y no recordaba nada anterior a ese momento. ¿Qué significa esto?, se preguntó. ¿Hay un antes? Sintió el mordisco de la duda y repitió en voz alta.

—¿Hay un antes? No recuerdo mi pasado, ni siquiera lo que estaba haciendo antes de sentarme en este sillón.

—Es muy sencillo —respondió una voz grave—. No es posible tener recuerdos cuando no existe el pasado.

Juan dirigió su vista hacia arriba, hacia abajo y hacia los costados. Escudriñó cada rincón de la habitación, pero no dio con la fuente del sonido.

—¿Sufro de amnesia? —se atrevió a decir.

—No —respondió la voz—. Es imposible que tengas recuerdos porque acabo de crearte. No hay lo que podríamos llamar “una existencia previa”.

—Es imposible, e injusto.

—Lo siento, son las reglas. Los creadores tenemos la potestad de dictarlas y el derecho de hacérselas cumplir a nuestros personajes.

—¿Yo soy un personaje?

—Ni más, ni menos, Juan.

—¿Y por quién tengo el honor de haber sido creado? —Juan no pudo reprimir un dejo de sorna en el tono empleado.

—Soy Hugo Bialik, primer premio en el XI Concurso de Cuentos Ecológicos de la Municipalidad de Capitán Sarmiento.

—O sea, sobre haber sido creado por Auster, Atwood o Ishiguro... nada.

—Algún día yo podría ser más famoso que esos que nombró. —Hubo cierta vacilación en el tono; la arrogancia de Bialik parecía desmoronarse.

—¿Escribiendo cosas como está? ¡Por favor!

—¿Qué le ve de malo? —Ahora el autor lucía francamente inseguro, frágil, vacilante; estaba a punto de quebrarse.

—¿De malo? Al principio yo estaba sentado en este sillón y no recordaba nada anterior al presente absoluto. Ahora sé quiénes son Auster, Grass, Obama, la princesa de Asturias y Jacobo Perlman, el operador de la cueva a la que usted le debe algo más de diez mil dólares. Sé un montón de cosas sobre mí mismo, todas falsas, por supuesto, habida cuenta de que fueron inventadas por usted, pero las sé. Tengo esposa, Cintia Obregoso, dos hijos, Samanta de nueve y Efraín de siete, hago terapia con Fernando Griego y trabajo como diseñador de botellas para Ebriedad Artesanal, una firma tailandesa que acaba de desembarcar en nuestro país. ¿Suficiente?

—¿Habla en serio? ¿De dónde sacó todo eso? Yo no... yo... yo no escribí. Escribí...

—Querido Hugo: hablemos a calzón quitado. Usted es tan personaje como yo, con la diferencia de que el autor, el verdadero autor, le asignó el rol de escritor, pero solo en la ficción, entiende, en esta ficción. Por lo demás, usted es tan inventado como yo. —Se produjo una incómoda pausa, durante la cual Hugo no supo qué decir y Juan no quiso decir nada, ya que no estaba en su índole patear a un caído. Finalmente, la inmovilidad se rompió—. Salga del rincón —propuso Juan—. Lo invito a tomar unas cervezas.

—¿Usted quiere tomar cerveza conmigo? —Hugo Bialik no lograba salir de su estado de estupefacción.

—No, tonto, lo dice el autor, el verdadero autor.

Sergio Gaut vel Hartman